

HERNÁN VALDÉS

Navegación con Neruda y conflictos de la admiración*

23 de junio

Cannes no es un puerto, pero está indicado optativamente como tal en el itinerario. El barco se aproxima hasta unos doscientos metros de la playa y allí se queda para esperar el arribo de un bote que trae a un par de pasajeros, más una cantidad impresionante de bultos. Todo el mundo está en cubierta, mirando con un dejo de envidia el espectáculo de los veraneantes, de las flores y hoteles del Boulevard de la Croisette, y yo parezco ser el único que advierte la silueta de Neruda en el bote, más con aspecto de pescador dominical que de viajero. Quizás temeroso de un recibimiento efusivo con ese calor y a la sagrada hora de la siesta, sube a cubierta sin levantar los ojos más que lo indispensable para orientarse y para dar meticulosas instrucciones sobre el cuidado de su equipaje. De inmediato desaparece en busca de su camarote, y yo vuelvo a mi lugar favorito, la piscina. Allí reflexiono una y otra vez sobre el sentido de volver a Chile.

Como otras veces, desde lejos, Chile se ve como el mundo que está por hacer, como la oportunidad geográfica e histórica de crear otra sociedad. Parece fácil, dada su tierna existencia, terminar con sus mitos históricos y culturales y crear otras formas de vida y relaciones, coherentes y económicamente racionales. Las posibilidades de Allende y la UP parecen esta vez más ciertas que antes y, por lo tanto, la disposición a creer que ahora uno se dirige a un país donde realmente se podrá participar en la construcción de una nueva vida, se amplía. Olvido los factores negativos, las contradicciones dentro de la propia izquierda. El barco parte. Quiero estar rápidamente allí.

*Estas páginas están extraídas de un diario del año 1970.

Neruda y su mujer no reaparecen sino a la hora de comida. Sólo entonces nos reconocemos, pero de inmediato nos descubrimos prohibidos de hacer manifestaciones de efusión, a causa de las reacciones dérmicas aislantes del poeta, que desalientan los impulsos de intimación nos limitamos a hacer comentarios sobre la carta del día, que el poeta examina profundamente y sobre las calidades de los vinos exclusivamente italianos que se ofrecen.

La presencia de Neruda en el barco ha sido advertida en el resto de los comensales únicamente por las discretas informaciones del maître y luego por la curiosidad que suscita la gran cantidad de mozos que se ocupan de su mesa, abandonando la atención de los otros. Esto despierta la ira de un pasajero especialmente susceptible a este tipo de discriminaciones: es un ejecutivo de la Esso que vuelve con su familia a Venezuela. Primero comenta airadamente la situación con su mujer, luego lo hace en voz más alta con sus vecinos. Finalmente, agotado de hacer signos de contrariedad que nadie advierte, tira su servilleta lejos y se levanta, abandonando el comedor seguido de su familia. El poeta, haciéndose informar sin mayor prisa sobre las particularidades de cada plato, no ha advertido este incidente. »En fin, tenemos 25 días para vernos«, nos dice, como para descansar de una conversación algo forzada, puesto que estamos en la mesa contigua y para oírnos y vernos debemos contorsionarnos.

Durante la comida nos intercambiamos vasos de nuestros respectivos vinos. Neruda se siente desilusionado de su simpático Verdicchio ante el descubrimiento de un Chianti Casa Ducale.

Nos encaminamos a toda máquina hacia Barcelona. Como tubos fluorescentes ondu-

lantes, las anguilas iluminan las aguas rotas por la hélice. Un oficial hace sus ejercicios nocturnos, recorre toda la cubierta a largos trancos 50 veces. En el salón hay baile. Veo a Neruda marchar hacia su camarote, aparentemente insensible a las muchachas disfrazadas que corren y lo tropiezan.

24 de junio

Todo el día en Barcelona. Hemos visto la incómoda situación de Neruda, que obligadamente ha debido presenciar el paso en gloria y majestad del Caudillo, dentro de un fastuoso vehículo, seguido de una comitiva veloz de personalidades y policías en motocicletas, pues parece que se celebra hoy alguna efemérides del régimen. Por nuestra parte nos encaminamos al museo de Picasso, seguramente uno de los más ricos de Europa, en el barrio gótico. Posteriormente no podemos resistirnos a la idea de regresar a *Los Caracoles*, restaurante de carácter turístico, es cierto, pero no por ello menos excitante, donde se prepara una de las mejores zarzuelas de mariscos mediterráneas. La cocina está situada en el centro del local y la descomunal olla negra cuelga sobre las llamas mediante una cadena. Yo supongo que se utiliza el sistema de la cocción permanente, que consiste sólo en agregar rotativamente tantos elementos como se retiran. En el espeso líquido de cocción, compuesto de tomates, pimentones, ajo, tomillo y aceite de oliva, se impregnan toda clase de mariscos, cigalas, carabineros, gambas, mejillones, calamares y peces. A la mesa nos llegan fuentes donde estos elementos están saturados de un sabor que da cuenta de un antiguo proceso. Es una vieja salsa siempre reconstituida, siempre en devenir.

25 de junio

Neruda habla con los ojos semicerrados, sin mirar de frente, como ante una grabadora. Estamos en el bar. Son ojos que aparecen como entre los pliegues de una piel que no es la facial, semejantes a los ojos arbitrarios de algunos dibujos surrealistas. Habla como para sí mismo y de sí mismo, y sólo muy rara vez se interesa por saber lo que sucede en la conciencia del otro. Me cuenta que viene de Milán, del estreno de *Joaquín Murieta*. Yo no sé hasta qué punto es ingenuo lo que él describe como un asombro ante su propia obra, en todo caso él narra una representa-

ción teatral absolutamente reinventada, en la cual solamente reconoce sus versos. La acción es otra, las situaciones son nuevas. Curiosamente, está del todo satisfecho, como si todo aquello fueran posibilidades naturales de la obra. Parece obstinado en no sospechar siquiera que se ha utilizado exclusivamente su nombre y connotaciones publicitarias para montar un espectáculo del cual no es autor sino verbalmente.

Lo escucho en silencio. No soy yo quien podría contradecirlo.

26 de junio

Neruda permanece la mayor parte del día en su camarote, no se levanta a tomar el desayuno en el comedor, como el resto de los pasajeros. Después de su aparición a la hora del almuerzo no reemerge en cubierta sino al atardecer. Nos encontramos casi siempre por azar, en los pasillos o en el bar. Los asuntos personales están prohibidos en la conversación. Ahora me cuenta que lo más fundamental de su equipaje está constituido por una concha que pesa unos 200 kilos y que compró a muy buen precio en la tienda de fósiles de la Place Saint-André-des-Arts. Yo trato de imaginar lo que él entiende por esto de un buen precio, y por algunas aclaraciones suyas caigo en la cuenta de que con la inversión en semejante concha yo podría vivir y escribir tranquilamente un año en cualquier lugar del mundo. Siento un violento resentimiento e intencionalmente vuelco el vaso de whisky para obligarlo a pagarme otro. Rápidamente imagino los atentados que se pueden cometer contra esa concha, pienso en la dinamita, en los ácidos, en las peores calumnias. Luego me hago reproches por mi dureza. ¿Por qué tengo yo que exigir que Neruda haga una inversión sensata de su dinero? El asunto es claro: Neruda ha escrito *Joaquín Murieta*, una pieza que no me gusta; luego, ha invertido buena parte de los derechos de autor en la adquisición de una concha, un objeto que no me interesa. Siendo todo esto tan coherente, yo no debería hacer objeciones mezquinas.

Se aproxima la hora de comer e intercambiamos algunas experiencias culinarias. Advierto que, como la mayoría de los chilenos que aman la gastronomía, Neruda es un autodidacta o, dicho mejor, un espontaneísta. Una creación suya, que celebra bastante, son los choritos asados vivos (en blo-

que) en un incendio de ramas de pino. Justamente lo que haría un recolector primitivo.

27 de junio

Entramos a Tenerife por un canal bordeado de estanques de petróleo y al atracar al muelle Neruda descubre que abajo lo espera una multitud de admiradores y periodistas. La idea de hacerse prisionero de esa pequeña muchedumbre parece deprimirlo. La gente sube, se abalanza sobre él, los periodistas y fotógrafos le piden distintas expresiones; entonces él descubre un medio habilísimo de desembarazarse: distrae la atención hacia la presencia del «gran novelista chileno Hernán Valdés». De inmediato, la masa desorientada se dirige hacia mí, esperando que de algún modo sobrenatural yo recompense la sustitución de su objeto, pero como yo callo, todavía no repuesto de la jugada del vate, se produce un silencio embarazoso. Luego surgen atropelladamente algunas preguntas, pero no alcanzo a responder enteramente ninguna, pues se dan cuenta de que Neruda intenta desaparecer y corren a asediarlo. Finalmente consiente en que nos reunamos todos al anochecer, en un café de la plaza.

Entretanto liberados, recorremos las calles en pendiente de la isla, llenas de comercios con baratijas electrónicas, malos licores españoles, cigarrillos, y toda clase de porquerías como las que se vendían hace algunos años en Arica. Pablo entra a un sinnúmero de tiendas, se muere de ganas de comprar un walkie-talkie, pero no sabe exactamente para qué.

En el café de la plaza se ha reunido toda la inteligencia de la isla. Algunos sobrevivientes de la guerra civil, sentimentalmente irreductibles, se ven ansiosos de reanudar ésa, su única realidad histórica, con Pablo. Aparecen fotografías, revistas de la época, volantes, vivos y muertos vuelven a estar juntos, la presencia de Pablo legitima la memoria. Un joven periodista, poco sensible a esa complicidad generacional, pregunta a rajatablas:

—Pablo ¿podría describirme el estado psicossomático en que se hallaba usted al escribir el Tango del Viudo?

No, Pablo ni siquiera sonríe, el gran paquidermo pálido. Responde a eso con un pequeño discurso aprendido sobre las luchas del pueblo chileno, de los mineros, contra el imperialismo y la burguesía explotadores y

describe la gran aurora que se le presenta con las posibilidades de alcanzar el poder. El periodista escribe lo mismo, decepcionado. Las heroínas de la guerra civil han desempolvado sus mejores atavíos, ahí están, envejecidas y trivializadas, recordando los nombres de sus héroes muertos, y Pablo las estimula con su memoria de elefante, por unos minutos logra reencender sus ojos, él lo sabe todo, él los conoció a todos, él es el único sobreviviente triunfante de toda esa masacre, es una noche de fiesta y de fantasmas, de palmas y mariposas, no más whisky, no más evocaciones, el barco parte, el poeta se lleva su memoria. Nos acompañan en comitiva, y saludan cantando por última vez desde el muelle antes de volver a la soledad en que los dejó una mala jugada de la historia.

29 de junio

Inútiles esfuerzos de seguir pasando en limpio *Zoom*, la máquina se desliza en todas direcciones con el vaivén del barco y la atmósfera del camarote es irrespirable. Por lo tanto, mi única satisfacción de ese trabajo es el peso de los originales, acumulados de gramo en gramo durante un par de años. Pura fe en la literatura, todavía no desalentada por la experiencia en Europa de una de las peores crisis imaginativas y lingüísticas para expresar la realidad.

El fenómeno Neruda es tan insólito en la sociedad contemporánea. Creo que Neruda es el último caso de un individuo que, a través de la poesía, establece una comunicación con la sociedad. Posiblemente no vuelva a repetirse, en un futuro previsible, la circunstancia compleja de que la poesía rompa su círculo de transmisión elitivo, últimamente cada vez más especializado (universidades) e íntimo (poetas). El Neruda que conocemos se explica casi únicamente por su incidencia y compromiso con situaciones políticas específicas de nuestro tiempo, en las cuales aún se atribuía a la poesía un poder sensibilizador frente a la opinión pública (seguro que el mejor poeta del Vietnam, ahora, no alcanzaría de ningún modo su situación privilegiada). El yo que trasciende la naturaleza y la historia, la asunción personal de los conflictos sociales, la confección de un discurso moral revolucionario del vate al pueblo, pertenecen y pertenecerán cada vez más, después de Neruda, a sobrevivencias del romanticismo, antes de que los medios de comunicación masivos desarro-

llaran su alta tecnología actual. Neruda es el último usuario individual de la poesía referida a la opresión política y a la revolución antes del desarrollo de la conciencia masiva revolucionaria en el continente, posibilitada por otras formas literarias y audiovisuales. Ello también se explica por el hecho de que en períodos de censura y de persecución a órganos difusores de la izquierda la poesía es una de las pocas manifestaciones que puede circular libre e inocentemente, lo que da al mensaje de Neruda una especial valoración. En suma, compromiso político en circunstancias determinantes (guerra de España, guerra fría y expansión del colonialismo norteamericano en Latinoamérica, persecución a la izquierda, especialmente en Chile), situación de portavoz ilustrado del Partido Comunista en su período más difícil, y a través de él del pueblo chileno, en un tiempo en que la poesía aún tenía un rol comunicativo amplio, son factores que explican, en parte, la formación del prestigio excepcional de Neruda. Es ese prestigio el que permite el conocimiento y la difusión, entre un amplio público, en gran parte del mundo, de las obras que conforman su verdadera creación poética. Yo no sé si él ve su creación como un conjunto coherente o si es consciente de que una parte de su obra y de su acción sirven como reveladora de la otra que, por sí sola, no habría conocido el mismo destino. Posiblemente todo un proceso de sacralización, ahora perfectamente institucionalizado, ha sido por él interiorizado. No creo que se haga problemas con esto; creo que lo que cuenta para él, al final, es que la poesía ha vencido. Y creo que su mito preferido es el de afirmar que mediante la poesía un hombre oscuro, de un pequeño pueblo del final del mundo se ha puesto en contacto con todos los hombres. Un bello mito.

1° de julio

Proseguimos fastidiosamente la travesía del Atlántico. Imposible trabajar en nada. Sol y agua, comidas y bebidas en cualquiera cantidad, sirven para distribuir las horas del día, entre conversaciones que tienen algo de ocasional pasatiempo, films de Esther Williams, juegos semiescolares y conciertos vespertinos y ritmos bailables nocturnos de una orquesta recogida a última hora en algún cerro genovés. Regreso haciendo el mismo recorrido por la segunda vez y he aquí, reinstalada en mí,

la imagen de que vuelvo a un país decidido a cambiar sus formas de vida (y cuya resistencia a cambiarlas, en otras oportunidades, con toda la frustración que eso implica para algunos, determinó en mí la necesidad de buscar la vida en otras partes).

Es divertido observar que Neruda siga siendo tan susceptible a las opiniones locales sobre su persona, que emocionalmente dependa de juicios de conciudadanos perfectamente anónimos frente a la amplísima gama de sus relaciones y admiraciones internacionales. Hay nombres tabúes en una conversación con él: son los de personas que posiblemente lo han ofendido mediante una bronca, una crítica, un comentario (cosas de las cuales se supone que uno debe estar bien informado al hablar con él). De pronto uno hace una alusión a alguno de estos personajes: entonces Neruda rompe su familiaridad, se retrae, en una actitud de comunicación superior, como para que el mal sonido no lo alcance, se yergue como un santo ante la mención de lo impuro, y uno se siente perfectamente miserable y cómplice de la abyección. Las opiniones públicas o privadas que expresen sobre él sus conciudadanos constituyen, ciertamente, uno de sus permanentes motivos de preocupación.

2 de julio

En Tenerife embarcó una familia cuyo jefe es un ejecutivo de la Shell. Desde entonces, las pautas de la vida social del barco están dadas por una implacable y amena competencia entre esta familia y aquella del ejecutivo de la Esso. Las esposas rivalizan entre sí cambiando al menos 4 veces por día sus vestimentas y peinados, y luego, solidariamente, exhiben a los demás esta exquisitez de su status. Los hombres hacen otro tanto y se disfrazan con unos increíbles fracs de tejidos sintéticos para reunirse en el salón. Ellos conviven entre nosotros asequiblemente, como miembros de super Estados, cuya alta responsabilidad social no podemos comprender, ellos están más allá de la ciudadanía común, amparados por sistemas poderosos y secretos cuyas reglas y finalidades no son las de estos pobres países donde vivimos nosotros.

Pablo debe asistir a un congreso de escritores en alguna parte de Venezuela y, como no tiene ganas de ocuparse del asunto más allá de lo que implica su presencia, pero como

de todos modos debe contribuir con algo, me pide que elabore un proyecto para soluciones editoriales continentales, el cual patrocinará. Propongo la creación de un pequeño monstruo dentro del mercado común latinoamericano, una empresa editorial multinacional con funciones culturales específicas, financiada con aportes de todos los gobiernos y cuyos productos deberían circular libremente. Pablo encuentra el proyecto excelente, pero sabe, tan bien como yo, que es irrealizable.

Nota final

De la lectura de estas páginas de diario noto en mí un conflicto con respecto a Neruda, una constante observación crítica, una ausencia de generosidad en mi admiración por él. Y sinceramente lo lamento, sobre todo cuando no existe en mí motivo alguno para discutir su condición de mejor poeta de habla hispana de este siglo. En ese sentido Neruda está fuera de discusión. Pienso que mi conflicto se origina —como siempre sucede— ante una exigencia aberrante de que las personas sean una cosa distinta de lo que objetivamente son. Esta exigencia —por supuesto idealista— se hace más extrema en los casos en que algunas personas ocupan situaciones intelectuales privilegiadas. Peor aún en un país muy mediocre en personalidades culturales, como es el nuestro, la sobresaliente situación intelectual de Neruda conduce a

que uno exija de su conducta una coherencia y una lucidez superiores. Debido a esa situación, subjetivamente, uno hace a Neruda responsable de representarnos en sus actos. Uno exige que Neruda actúe exactamente como lo habría hecho uno si ocupara su lugar. De ahí el conflicto y los reproches. De ahí la enorme cantidad de desencantamientos que ha producido en su vida y las opiniones tan contradictorias que existen sobre él. Pero evidentemente Neruda tendría que haber sido un prodigio para responder afortunadamente a tantas exigencias morales, literarias, políticas, intelectuales, en general, como individuos las han planteado.

Podemos darnos una explicación aparentemente satisfactoria: Neruda no es ni ha sido nunca un intelectual, es decir, un hombre que se interroga sobre la realidad y que la cuestiona, científicamente. Neruda es, descubramoslo tardíamente, un poeta. «Un gusano vegetal y sensual», como decía Teófilo Cid, un angustiado sensual, el primero que intenta un conocimiento sensorial de su medio, de la realidad americana, cuando los escritores del continente no sabían hacer más que inventarios y descripciones (exceptuando a su contemporáneo Carpentier), y cuando los sociólogos todavía no habían nacido. Sus versos son la única posibilidad de encontrarlo y de reconocerlo en su verdadera grandeza. Las exigencias extrapoéticas son ingenuas y lo sobrepasan.